

Edipo

Edipo y la esfinge de Gustave Moreau (1864).

Edipo fue rey de Tebas, hijo de Layo y de Yocasta. Se convirtió en la figura central del drama familiar que describen tragedias como Edipo rey y otras escritas por autores griegos como Esquilo, Sófocles y Eurípides. Cuando Layo y su esposa descubrieron que no podían tener hijos, acudieron a consultar al Oráculo de Delfos, que les aconsejó no tener descendencia para evitar que Layo muriera a manos de su propio hijo. Layo se tomó la advertencia en serio, pero dejó embarazada a Yocasta un día en que había bebido demasiado y no controlaba sus impulsos. Tres días después de nacer el pequeño Edipo, un pastor se lo llevó para abandonarlo en el monte Citera con los pies atados. El pequeño fue llamado así debido a las heridas causadas, pues su nombre significa «pies hinchados». Pero sobrevivió gracias a un pastor que lo llevó ante el rey Polipo de Corintio. Los tebanos no sabían que Edipo había sobrevivido. Edipo creció en Corinto creyendo que era hijo de Polipo. Años después, en su adolescencia, un borracho le dijo que era hijo ilegítimo. Edipo se quedó con la duda y acudió a Delfos sin que lo supiese el rey. Allí no recibió respuesta, sino que sólo se le advirtió de que mataría a su padre y se casaría con su madre, con la que incluso tendría hijos.



Edipo Regresa a Tebas

De regreso a su hogar, cerca del monte Parnaso, Edipo se encontró a un grupo de viajeros que iban a Delfos a toda prisa. Edipo no se retiró del camino y uno de los viajeros lo golpeó para quitarlo de en medio. Edipo montó en cólera y mató a todo el séquito, aunque uno de sus miembros escapó. Después de este incidente, Edipo siguió su camino y llegó a Tebas, donde la población lamentaba la pérdida de su rey, que había sido asaltado de camino al Oráculo de Delfos. Además, la ciudad se encontraba asediada por la Esfinge, león alado con cabeza de mujer que planteaba acertijos a todo el que se acercaba y mataba a todo aquel que no supiese responder. El rey Layo había acudido a Delfos para preguntar cómo podría librarse de la Esfinge.

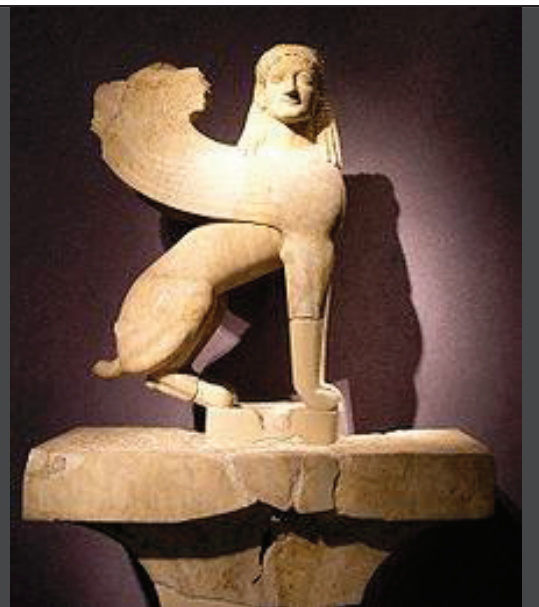


Esfinge y Edipo

Esfinge (mitología)

En la mitología griega, la **Esfinge** (en griego antiguo Σφιγξ, quizá de σφιγγω, 'estrangular') era un demonio de destrucción y mala suerte, que se representaba con rostro de mujer, cuerpo de león y alas de ave.

Esfinge funeraria arcaica (560-550 a. C.) llevando una banda y una corona de hojas en la cabeza, hallada como elemento reutilizado en el Muro de Temístocles en el Cerámico (Museo Arqueológico del Cerámico de Atenas, Inv. P1050. Alt. 63 cm).



Origen

Hesíodo, quien en su Teogonía es el primero que la menciona, la hace hija de la Quimera y de Ortro, el terrible perro hermano de Cerberos. Opinión que no comparte Laso de Hermíone, quien la estima nacida de Equidna, la bella ninfa con cola de serpiente, y del poderoso Tifón; siendo de la misma opinión Higino y Apolodoro. Otros la señalan como el fruto de los amores entre Tifón y la Quimera.

Para la mayoría de los escritores de la antigüedad, la Esfinge era única y de ascendencia divina. Sin embargo, hay algunos que dan a entender que se trataría de una especie de animal. Así, Plinio el Viejo señala que las esfinges habitan las zonas más remotas de Etiopía y tienen un pelaje pardo rojizo.

Características

Según Apolodoro, la Esfinge era un monstruo con rostro y busto de mujer, patas de león, cuerpo de perro, cola de dragón y alas de pájaro. Estacio precisa que tenía el rostro pálido, la boca llena de veneno, ojos como brasas encendidas y las alas siempre

manchadas de sangre. Heródoto llamó a las esfinges egipcias, que tienen rostro de hombre y carecen de alas, androesfinges, para distinguirlas de la Esfinge griega.

La Esfinge en Tebas



Estatua de la Esfinge.

Hesíodo llama a la Esfinge «ruina de los cadmeos», aludiendo a los tiempos en que «llegó desde la parte más lejana de Etiopía» para causar el terror en los campos que circundaban la ciudad de Tebas.

Fue enviada por un dios, pero no hay acuerdo sobre cuál. La mayoría de los autores señala que fue la vengativa Hera, opinión que sostienen, entre otros, Apolodoro y el autor del escolio a las *Fenicias*. Señala este último que el motivo de la diosa habría sido la impunidad en que los tebanos quedaron tras el rapto y la seducción que Layo, rey de Tebas, cometiera en la persona del joven Crisipo. También se menciona como que fue enviada por Dioniso y Ares,

vinculando las razones de este último al episodio en el que su hijo Dragón fue muerto a manos de Cadmo, el fundador de Tebas. Eurípides, por su parte, señala que la envió Hades.

La Esfinge se instaló en uno de los montes del oeste de la ciudad de Tebas, el Ficio o el Antedón. Desde ahí se dedicó a asolar la campiña tebana destruyendo las siembras y matando a todos los que no fueran capaces de resolver sus enigmas. Mataba estrangulando, y algunas opiniones refieren que de ahí viene su nombre, ya que cerraba (*sphíggein*, 'cerrar') el paso del aire a los desafortunados que caían en sus garras.

Higino refiere que la Esfinge propuso a Creonte, rey de Tebas, que si alguien era capaz de resolver uno de sus enigmas se iría para siempre; pero si no, mataría a quienes fallasen y seguiría destruyendo. Apolodoro no cree que el monstruo haya sido capaz de compromiso alguno, y propone que debió haber sido un oráculo el que revelara a los tebanos la forma de librarse de la Esfinge.

El acertijo

Según Apolodoro, la Esfinge había aprendido el arte de formular enigmas de las Musas. Cuenta Aristófanes el gramático que Edipo mismo la llamó *musa*, ya que era propio de las Musas el manejar las palabras con belleza, esto es, a través del canto. La Esfinge cantaba sus enigmas, así lo afirma Pausanias. Sófocles la llama «cruel cantora».

El acertijo, en la sencilla formulación de Apolodoro, habría sido: «¿Qué ser provisto de voz es de cuatro patas, de dos y de tres?»¹¹ Semejante enunciación la encontramos en Diodoro Sículo, a saber: «¿Cuál es el que al mismo tiempo es un bípedo, un trípedo y un cuadrúpedo?» Una versión más elaborada es la que presenta Aristófanes el gramático:

Existe sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo, que tiene sólo una voz, y es también

trípode. Es el único que cambia su aspecto de cuantos seres se mueven por tierra, aire o mar. Pero, cuando anda apoyado en más pies, entonces la movilidad de sus miembros es mucho más débil.

Edipo y la muerte de la Esfinge

Edipo y la Esfinge. Reconstrucción del tondo de un kylix ático de figuras rojas, 480-470 a. C., de Vulci



Varios trataron de resolver el enigma de la Esfinge y fallaron, siendo muertos; entre ellos Hemón, hijo de Creonte. Ante tan angustiosa situación, el rey hizo una proclama a toda Grecia prometiendo que daría el reino, y a su hermana Yocasta en matrimonio, a quien resolviera el enigma de la Esfinge. Muchos vinieron de remotos lugares y fallaron en dar la solución, pero Edipo, el hijo perdido de Layo y Yocasta, lo interpretó correctamente. Según Aristófanes el gramático, estas habrían sido las palabras con que Edipo respondió a la Esfinge:

Escucha, aun cuando no quieras, Musa de mal agüero de los muertos, mi voz, que es el fin de tu locura. Te has referido al hombre, que cuando se arrastra por tierra, al principio, nace del vientre de la madre como indefenso cuadrúpedo y, al ser viejo, apoya su bastón como un tercer pie, cargando el cuello doblado por la vejez.

Según Higino, al escuchar la respuesta de Edipo, la Esfinge saltó desde el monte, que era su guarida, en busca de la muerte. Apolodoro afirma que no saltó desde un monte, sino desde la acrópolis de Tebas. Hay otros, como Eurípides, que señalan que no saltó, sino que fue el propio Edipo quien le arrojó montaña abajo. Otra versión afirma que la Esfinge espantada huyó hacia el desierto de Egipto donde quedó petrificada y desde allí Momo el dios del sarcasmo se burla de ella.

Como recompensa, Edipo se casó con la reina (su verdadera madre) y se convirtió en el regente de Tebas.

Explicación del origen del mito de la Esfinge, según Pausanias



Sphinx por Franz von Stuck.

Una tradición, referida por Pausanias, dice que la Esfinge no era un monstruo, sino una hija del rey Layo, a quien se le había confiado un secreto sólo conocido por los monarcas de Tebas. Al morir Layo, cuando varios de sus hijos llegaron a reclamar el trono, la Esfinge se enfrentó a ellos declarando que sólo reconocería como sucesor legítimo a quien fuera capaz de señalar con precisión el secreto de los reyes tebanos, y que condenaría a muerte a todo el que fallare. Sólo Edipo, nos dice esta tradición, desentrañó correctamente el secreto, ya que le fue revelado en un sueño.

La Profecía del Oráculo de Delfos

El regente Creón, desesperado, prometió el trono y la mano de Yocasta al que consiguiera acabar con el monstruo. Edipo fue el único que resolvió el acertijo y entonces el monstruo cayó en el abismo. Así se casó con Yocasta y se convirtió en rey de Tebas; sin saberlo, había cumplido la predicción del Oráculo.

Homero, que llamaba «Epicaste» a Yocasta, escribió que los dioses le hicieron ver pronto que se había casado con su hijo, lo que provocó que se suicidase. Edipo reinó con gran congoja en soledad. Sófocles da una versión distinta y asegura que la pareja vivió feliz unos años, tuvieron dos hijos, Eteocles y Polinices, y dos hijas, **Antígona** e Ismene, y reinaron sin problemas.

Cuando Edipo llevaba muchos años reinando, una plaga devastó la ciudad, quedando las mujeres y el ganado estériles. Creón fue a Delfos a consultar el misterio de esta enfermedad y el Oráculo le contestó que la culpa era de la persona que había matado a Layo. La epidemia solamente podía acabar con la muerte del culpable. Tiresias, el vidente ciego, dijo que Edipo había sido el asesino de su padre, pero Edipo lo acusó de confabularse con el anterior regente Creón para expulsarle del palacio.

Cuando Edipo y Yocasta oyeron sus respectivas versiones de lo ocurrido en el camino a Delfos, surgió la duda por primera vez. Ambos mantuvieron la versión de que Layo había muerto a manos de una tercera persona. Una delegación de Corinto llegó a Tebas para informar de la muerte del rey Polibo y de la sucesión al trono que quedaba en manos de Edipo, que lo rechazó para no tener que casarse con su madre Merope según la costumbre local.

Así, además se aseguraba de frustrar la predicción del Oráculo, pero en ese punto el mensajero corintio, que era el mismo pastor que le había encontrado en la montaña años atrás, le dijo que no era hijo de Merope.

Edipo preguntó al pastor tebano que le había abandonado y así se supo la verdad.

Desesperados al conocer que habían cometido incesto, Yocasta se suicidó y Edipo se arrancó los ojos. Creón decretó su expulsión de Tebas.

Expulsión y Muerte de Edipo

Edipo y su hija Antígona

Edipo no salió de inmediato, sino que tuvo que ser sacado de la ciudad sin que ni siquiera sus hijos tuvieran piedad de él y le ayudasen. Sólo acompañado por Antígona, Edipo vagó por toda Grecia como penitencia. Se ocultó durante un tiempo en Colono, un distrito de Atenas en el que gobernaba Teseo. Mientras tanto, Eteocles y Polinices habían entrado en disputa y el segundo había tenido que abandonar Tebas. Ismene acudió a decirle a su padre lo que había



ocurrido y éste maldijo a sus dos hijos.

Teseo le ofreció refugio en Atenas y poco después sus dos hijas fueron hechas prisioneras por los soldados de Creón, que había planificado el regreso de Edipo para ser enterrado en Tebas y asegurarse así la prosperidad de la ciudad. Pero Teseo tuvo que liberar a las dos muchachas, que acudieron de inmediato a visitar a su padre a Colono. Su hijo Polinices también fue a visitarlo para intentar ponerlo de su lado, algo que Edipo rechazó. Finalmente, castigado por tanto sufrimiento, Edipo murió en Colono y allí fue enterrado. Sólo Teseo, que le había ofrecido vivir en Atenas, sabía el lugar donde descansaban sus restos.

Antígona e Ismene regresaron a Tebas mucho tiempo antes de que se acabasen las desgracias para la ciudad y para su familia.



Antígona

Óleo en lienzo de Charles Jalabert (1819 - 1901): *Edipo y Antígona* (*Œdipe et Antigone*, 1842). Antígona y su padre, Edipo, abandonan la ciudad de Tebas.

En la mitología griega, **Antígona** (en griego: Ἀντιγόνη) es hija de Edipo y Yocasta, y hermana de Ismene, Eteocles, y Polinices. Acompañó a su padre Edipo (rey de Tebas) al exilio y, a su muerte, regresó a la ciudad.



Eteocles y Polinices

En el mito, los dos hermanos varones de Antígona se encuentran constantemente

combatiendo por el trono de Tebas, debido a una maldición que su padre había lanzado contra ellos. Se suponía que Eteocles y Polinices se iban a turnar el trono periódicamente, pero, en algún momento, Eteocles decide quedarse en el poder después de cumplido su período, por lo que se desencadena una guerra, pues, ofendido, Polinices busca ayuda en Argos, una ciudad rival, arma un ejército y regresa para reclamar lo que es suyo. La guerra concluye con la muerte de los dos hermanos en batalla, cada uno a manos del otro, como decía la profecía.

Creonte, entonces, se convierte en rey de Tebas y dictamina que, por haber traicionado a su patria, Polinices no será enterrado dignamente y se dejará a las afueras de la ciudad al arbitrio de los cuervos y los perros (este mito es contado en la tragedia de Esquilo *Los siete contra Tebas*).



Los honores fúnebres eran muy importantes para los griegos, pues el alma de un cuerpo que no era enterrado estaba condenada a vagar por la tierra eternamente. Por tal razón, Antígona decide enterrar a su hermano y realizar sobre su cuerpo los correspondientes ritos, rebelándose así contra Creonte, su tío y suegro (pues estaba comprometida con Hemón, hijo de aquel).

Muerte

La desobediencia lleva a Antígona a su propia muerte: condenada a ser sepultada viva, evita el suplicio ahorcándose. Por otra parte, Hemón, al ver muerta a su prometida, tras intentar matar a su padre, se suicida en el túmulo, abrazado a Antígona; mientras tanto, Eurídice, esposa de Creonte y madre de Hemón, se suicida al saber que su hijo ha

muerto. Las muertes de Hemón y Eurídice provocan un profundo sufrimiento en Creonte, quien finalmente se da cuenta de su error al haber decidido mantener su soberanía por encima de las leyes divinas, acarreando su propia desdicha.

Tema

La persistencia del tema de Antígona en la cultura de Occidente en todas sus épocas, a través de innumerables reelaboraciones en todos los géneros, ha sido señalada por George Steiner como el caso más extremo y extraordinario de permanencia y reiteración de un tema dramático. Steiner lo explica atribuyéndolo a que en él se condensan los cinco conflictos fundamentales que a su juicio dan origen a todas las situaciones dramáticas. El enfrentamiento entre Antígona y Creonte sobre el destino de los restos de Polinices plantea a la vez los conflictos entre hombres y mujeres, entre la vejez y la juventud, entre la sociedad y el individuo, entre los seres humanos y la divinidad (las leyes de los hombres y las de los dioses), y entre el mundo de los vivos y el de los muertos.



Erinias

Clitemnestra intentado despertar a las Erinias mientras su hijo es purificado por Apolo. Crátera apulia de figuras rojas, 480-470 a. C., Museo del Louvre (Cp. 710).

En la mitología griega, las **Erinias** (en griego antiguo Ἐρινύες *Erinýes*, de etimología desconocida) son personificaciones femeninas de la venganza que perseguían a los culpables de ciertos crímenes. También se las llamaba **Euménides** (en griego antiguo Εὐμενίδες, 'benévolas'), antífrasis utilizada para evitar su ira cuando se pronunciaba su verdadero nombre. Según la tradición, este nombre se habría empleado por primera vez tras la absolución de Orestes por el Areópago (descrita más adelante), y más tarde se usó para aludir al lado benigno de las Erinias.

En Atenas también se utilizaba eufemísticamente la perífrasis σεμναὶ θεαὶ *semnaí theaí*, 'venerables diosas'. Asimismo se aludía a ellas como χθόνιαι θεαὶ *chthóniai theaí*, 'diosas ctónicas', y se les aplicaba el epíteto Praxídiceas (Πραξιδικαί), 'ejecutoras de las leyes'. En la mitología romana se les conoce como **Furias** (en latín *Furiæ* o *Diræ*, 'terribles').

Es posible que ya estuvieran documentadas en las tablillas micénicas de lineal B bajo la forma del teónimo *E-ri-nu*.

Ascendencia

Según Hesíodo, las Erinias son hijas de la sangre derramada por el miembro de Urano sobre Gea cuando su hijo Crono lo castró, siendo por tanto divinidades ctónicas.

Su número suele ser indeterminado, aunque Virgilio, probablemente inspirándose en una fuente alejandrina, nombra tres:

- Alecto (Ἀληκτώ, 'la implacable'), que castiga los delitos morales.
- Megera (Μέγαιρα, 'la celosa'), que castiga los delitos de infidelidad.
- Tisífone (Τισιφώνη, 'la vengadora del asesinato'), que castiga los delitos de sangre.

Se representa a estas horribles deidades vengadoras como genios femeninos con serpientes enroscadas en sus cabellos, portando látigos y antorchas, y con sangre manando de sus ojos en lugar de lágrimas. También se decía que tenían grandes alas de murciélago o de pájaro, o incluso el cuerpo de un perro.

Para Epiménides, eran hermanas de las Moiras, hijas de Crono y Eurínome. Para Esquilo, hijas de Nix, la Noche. Y para Sófocles, hijas de Gea y Skotos, las Tinieblas. En la tradición órfica, eran hijas de Hades y Perséfone (esta relación con el mundo infernal aparece también muy claramente en la *Ilíada*).

Es probable que al hablar de las Euménides nos estemos refiriendo también a las Moiras en la misma mitología griega las cuales personificaban el destino de los hombres. Las similitudes en sus características no son pocas y se tiene en cuenta que el folclore y la abundancia de pueblos los cuales fueron influenciados por la cultura griega, pudieran haber introducido variaciones en leyendas ya antes contadas.

Características



Las Erinias son fuerzas primitivas anteriores a los dioses olímpicos, por lo que no se someten a la autoridad de Zeus. Moraban en el Érebo (o en el Tártaro según otras tradiciones), del que solo volvían a la Tierra para castigar a los criminales vivos; durante su estancia en el inframundo, sometían a los eternamente condenados a torturas sin fin. A pesar de su ascendencia divina, los dioses del Olimpo muestran hacia estos seres una profunda repulsión mezclada con temor

reverencial, y no los toleran. Por su parte, los mortales las temen pavorosamente y huyen de ellas. Es esta marginación y la consecuente necesidad de reconocimiento lo que, en la obra de Esquilo, llevará a las Erinias a aceptar el veredicto de Atenea pese a su inagotable sed de venganza.

En la *Ilíada*, cuando una maldición ritual invoca a «vosotros, que en lo profundo castigáis a los muertos que fueron perjuros», «las Erinias son simplemente una encarnación del acto de automaldición que conlleva el juramento». Son las encargadas de castigar los crímenes durante la vida de sus autores materiales, y no más tarde. No obstante, siendo su campo de acción ilimitado, si el autor del crimen muere lo perseguirán hasta el inframundo. Justas pero sin piedad, ningún rezo ni sacrificio puede conmoverlas ni impedir que lleven a cabo su tarea. Rechazan las circunstancias atenuantes y castigan todas las ofensas contra la sociedad y la naturaleza, como el perjurio, la violación de los ritos de hospitalidad y, sobre todo, los crímenes o asesinatos contra la familia. En épocas antiguas se creía que los seres humanos no podían ni debían castigar tan horribles crímenes, correspondiendo a las Erinias perseguir al desterrado asesino del fallecido en venganza, hostigándole hasta hacerle enloquecer (de ahí su nombre latino, derivado de «furor» como sinónimo de «locura»). La tortura solo cesaba si el criminal encontraba a alguien que le purificase de sus crímenes.

La diosa Némesis representa un concepto similar, y su función se solapa con la de las Erinias, con la diferencia de que aquélla castigaba las faltas cometidas contra los

dioses. Por su parte, la diosa Niké tenía originalmente un papel parecido, como portadora de una victoria *justa*. Castigaban el hibris o exceso. Prohibían a los adivinos revelar fielmente el futuro para que este conocimiento no acercara al hombre a los dioses.

Las Erinias solían ser comparadas con las Gorgonas, las Grayas y las Arpías debido a su espantosa y oscura apariencia y al poco contacto que mantenían con los dioses olímpicos. Atormentan a los que hacen el mal, persiguiéndolos incansablemente hasta volverlos locos. En un sentido más amplio, las Erinias representan la rectitud de las cosas dentro del orden establecido, protectoras del cosmos frente al caos. En la *Ilíada* privan de la palabra a Janto, el caballo de Aquiles, por culpar a los dioses de la muerte de Patroclo y privan de descendencia a Fénix. El filósofo Heráclito decía que si Helios decidiera cambiar el curso del Sol a través del cielo, ellas se lo impedirían.

Un mito cuenta que Tisífone se enamoró de Citerón. Furiosa de sus desprecios, le lanzó una serpiente de su cabeza que, tras oprimirle el pecho, le mató.

Tragedia de Esquilo

Orestes perseguido por las Furias, cuadro de William-Adolphe Bouguereau (1862; Museo Chrysler de Norfolk, Estados Unidos).

En *Las Euménides*, tragedia de Esquilo, la tercera parte de la *Orestíada*, las Erinias persiguen a Orestes. Éste había matado a su madre, Clitemnestra, en venganza por el asesinato de su padre, Agamenón. En su primera representación esta tragedia provocó verdadero terror entre los espectadores, siendo las Erinias las integrantes del coro.



Lo único que interesa a las Erinias es el acto de asesinato cometido por Orestes, sin sopesar las circunstancias que podrían explicarlo. El propio Apolo debe oponerse a su venganza implacable concediéndole protección a Orestes, a quien había incitado a vengarse del asesino de su padre, que resultó ser Clitemnestra. Las Erinias, nos cuenta Esquilo, persiguen a Orestes hasta Delfos, el más importante santuario de Apolo. No le liberan hasta que los dioses les convencen para que acepten el veredicto del tribunal de Atenas, el Areópago.

Allí, Atenea interviene como patrona de la ciudad y equilibra el fallo. Orestes es absuelto, pero debe traer de la Táuride una estatua consagrada a Artemisa. Las Erinias son referidas desde entonces en Atenas bajo las formas más clementes antes citadas: *Euménides* ('benévolas') o *Semnaí Theaí* ('venerables diosas').

A pesar del precedente anterior, las Erinias persiguieron igualmente a Alcmeón, que había matado a su madre. Como Orestes, Apolo le había incitado a vengar a su padre. Alcmeón es perseguido por las Erinias a través de Grecia, hasta que halla refugio en una tierra que no existía aún en el momento del asesinato de su padre, escapando así al poder de su perseguidoras.

Culto

A las Erinias se les sacrificaban ovejas negras y libaciones de νηφάλια *nêphália*, mezcla de miel y agua. Hay en la Arcadia un lugar que posee dos santuarios consagrados a las Erinias. En uno de ellos, llevan el nombre de Μανίαι (*Maniai*, 'las que vuelven loco'). Fue en este lugar donde, vestidas de negro, sitiaron a Orestes por primera vez. No lejos de allí, cuenta Pausanias, se encuentra otro santuario donde su culto se asocia al de las Cárites ('diosas del perdón'). En este lugar, vestidas de blanco, purificaron a Orestes y éste tras su curación ofreció un sacrificio expiatorio a las *Maniai*.

Orestes

En la mitología griega **Orestes** (en griego antiguo Ὀρέστης) fue el único hijo varón de Agamenón y Clitemnestra.



Mitología

Según la historia homérica Orestes estaba ausente de Micenas cuando su padre volvió de la Guerra de Troya y fue asesinado por el amante de su esposa, Egisto, o por la misma Clitemnestra según otras versiones. Ocho años después Orestes volvió de Atenas y vengó la muerte de su padre matando al amante de su madre. Según Píndaro, Orestes fue salvado por su niñera Arsínoe o su hermana Electra, que lo sacó del país cuando Clitemnestra quería matarlo. Orestes huyó a Fanote, en el monte Parnaso, donde el rey Estrofo se hizo cargo de él.

En su vigésimo cumpleaños, el oráculo de Delfos mandó a Orestes volver a su hogar y vengar la muerte de su padre. Orestes regresó a casa junto con su amigo Pílates, hijo de Estrofo. Según Esquilo, Orestes se encontró con su hermana Electra ante la tumba de Agamenón, donde ambos habían ido a rendir honores al difunto; se reconocieron y planearon cómo habría de llevar a cabo su venganza Orestes. La misma historia básica es narrada de formas diferentes por Sófocles y Eurípides en sus respectivas obras tituladas *Electra*.



Fernand Lematte. *Orestes y las Furias*.

En las *Euménides* de Esquilo, tras la venganza (a veces con la ayuda de Electra) Orestes enloquece y es perseguido por las Erinias (que no hacen lo mismo con Electra), cuyo deber es castigar cualquier violación de los lazos de piedad familiar. Orestes se refugia en el templo de Delfos, pero Apolo, a pesar de que había mandado a Orestes que emprendiera la venganza, no es capaz de protegerlo de las consecuencias de ella. Finalmente, Atenea recibe a Orestes en la Acrópolis de Atenas, y organiza un juicio formal del caso ante el Areópago, tribunal formado por doce jueces áticos. Las Erinias exigen su víctima, Orestes alega el mandato de Apolo, los votos de los jueces quedan divididos equitativamente y Atenea, con su voto decisivo, declara inocente a Orestes. Las Erinias son apaciguadas con un nuevo ritual en el que son adoradas como Euménides, y Orestes dedica un altar a *Atenea Areia*.

En la obra de Esquilo, el castigo termina así. Pero en la obra de Eurípides, para poder escapar de la persecución de las Erinias, Apolo manda a Orestes ir al Tauro (la actual Crimea), apoderarse de la estatua de Artemisa Tauropola, que había caído del cielo, y llevarla a Atenas. Orestes marcha al Tauro con Pílates, y allí son encarcelados por los habitantes de la región, los tauri, que tienen la costumbre de sacrificar todos los extraños a Artemisa. La sacerdotisa de Artemisa encargada de realizar el sacrificio es la

hermana de Orestes, Ifigenia, que, sin saber que se trata de su hermano, ofrece liberarlo a cambio de que lleve una carta hasta Grecia. Orestes rehusa hacerlo, pero ofrece a Pílates llevar la carta mientras él se queda para ser sacrificado. Tras un conflicto de mutuo afecto, Pílates termina por acceder, pero la carta hace que Orestes e Ifigenia se reconozcan, y los tres escapan juntos llevando con ellos la imagen de Artemisa. Tras su retorno a Grecia, Orestes mata a Aletes, hijo de Egisto, y toma posesión del reino de su padre: Micenas. Lleva también a cabo la anexión de Argos y Laconia.

Se cuenta que Orestes murió por la mordedura de una serpiente en Arcadia. Su cuerpo fue llevado a Esparta para ser enterrado, y allí sería objeto de culto. Según una leyenda italiana, el cuerpo sería llevado a Aricia, de donde sería trasladado a Roma.²

Antes de la Guerra de Troya, Orestes había estado prometido a su prima Hermíone, hija de Menelao. Sin embargo, cuando Menelao regresó de la guerra, como se daba por muerto a Orestes durante su desaparición, Menelao quiso que su hija se casase con Neoptólemo. Orestes y Neoptólemo lucharon, y este último murió. Al casarse con Hermíone y hacerse con Argos y Arcadia después de que sus tronos hubiesen quedado vacantes, Orestes llegó a ser el gobernante de todo el Peloponeso. Su hijo, Tisámeno, sería asesinado más tarde por los heráclidas.

En una versión de la historia de Télefo, Orestes fue apresado por éste, quien exigía que Aquiles lo sanase.

Según algunas fuentes, Orestes fue padre de Pentilo con su medio hermana Erígone.

Ancestros de Orestes		
Predecesor: Cilarabes	Reyes de Argos	Sucesor: Tisámeno
Predecesor: Menelao	Reyes de Esparta	Sucesor: Tisámeno
Predecesor: Aletes o Menelao	Reyes de Micenas	Sucesor: Tisámeno

Orestes en la literatura

La historia de Orestes fue objeto de la *Orestíada* tanto de Esquilo (*Agamenón*, *Coéforas*, *Euménides*) como de Estesícoro, de la *Electra* de Sófocles, y de la *Electra*, *Ifigenia en Táuride* y *Orestes* de Eurípides. Existe un poema épico en latín, formado por unos 1.000 hexámetros y titulado *Orestes Tragoedia*, que ha sido atribuido a Draconcio de Cartago.

Orestes aparece también como personaje principal de varias leyendas relacionadas con su locura y purificación, tanto en Grecia como en Asia. En ellas Orestes es el mortal lleno de culpa al que purifican de su pecado por la gracia de los dioses, cuya misericordiosa justicia se muestra a todas las personas cuyo crimen sea mitigado por circunstancias atenuantes. Los implacables lazos de sangre de la sociedad primitiva dan lugar a un juicio justo y, en Atenas, cuando los votos de los jueces están divididos equitativamente, prevalece la compasión.